

LA «ACROPOLIS MADRILEÑA», UN BARRIO PRODIGO EN MUSEOS, JARDINES Y BELLAS FUENTES

La definición es acertada. Acrópolis en el sentido griego de lo más alto de la ciudad, no sólo en acepción física, sino también espiritual. En efecto, desde el cruce de la Carrera de San Jerónimo y la calle de Cedaceros, mirando en dirección al Prado, se nos ofrece enfrente la colina de la acrópolis madrileña con su escenográfica sucesión escalonada de pórticos, columnatas y pináculos. Son los museos, las academias, las iglesias, que componen una de las perspectivas de más categoría ciudadana de Madrid, con un barrio singular pródigo en jardines, en casas palaciegas, en fuentes monumentales.

Sin duda alguna el más noble, el más ordenado y medido. El Barrio de Alfonso XII no tiene similar en Madrid, y ello es de lamentar, pues si existiesen muchos con igual ponderación urbana, la ciudad habría perdido de golpe su carácter anárquico actual. Barrio en el que se quiso hacer bien lo que se construía, como meta de interés general, superior a la sola especulación del suelo, que acostumbra ser la corta meta del interés particular.

Barrio también privilegiado por su situación, rodeado de parques y arboledas en proporción muy superior al de cualquier otro. Por su forma rectangular, apaisada, el Barrio de Alfonso XII es como un cuadro de museo. Un cuadro con un marco prodigioso: el Retiro, la calle de Alcalá, el paseo del Prado, el jardín Botánico. Marco de verdura permanente que pone siempre al fondo de todas sus calles la nota sedante del jardín.

En otros artículos de este mismo número se describe con pormenores la historia, el

urbanismo, la economía y demás características de esta auténtica unidad ciudadana que es el Barrio de Alfonso XII. Sería redundante insistir sobre cualquiera de esos aspectos, por lo que vamos a limitarnos a considerarlo como una verdadera acrópolis: elevación cultural y espiritual de la ciudad.

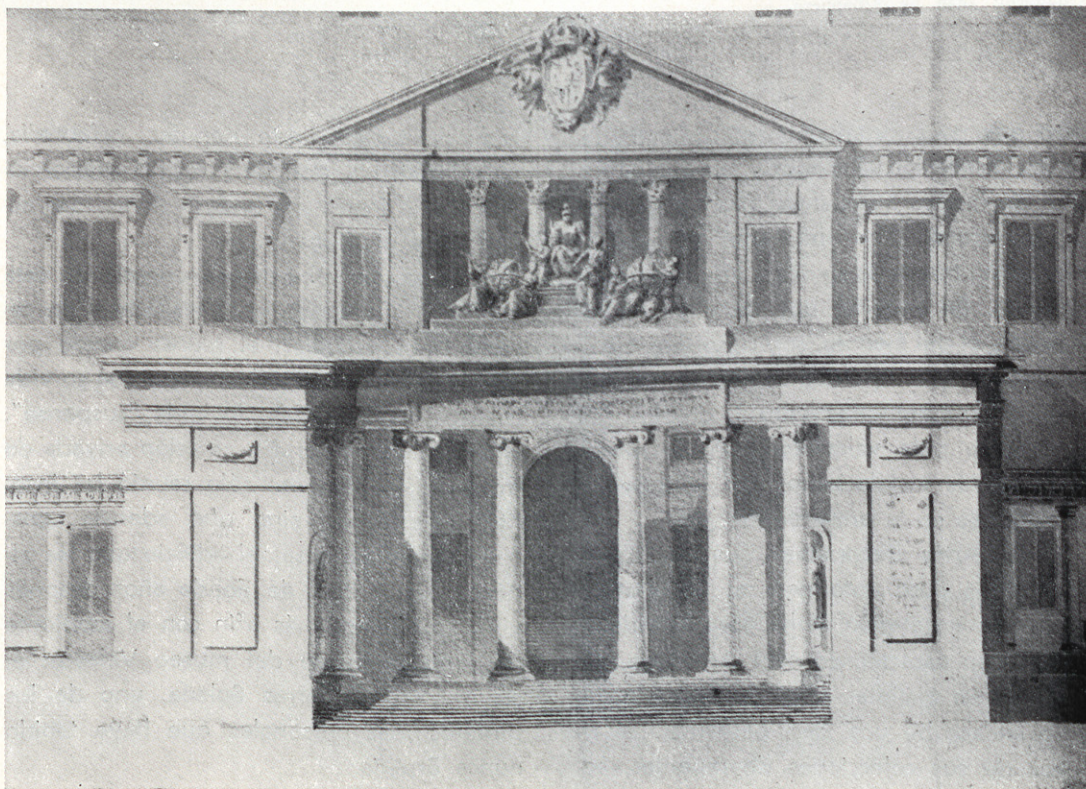
EL BARRIO DE LOS MUSEOS

No sólo en Madrid, sino en cualquier otra ciudad, será difícil encontrar un barrio que contenga una concentración de museos se-

mejante. El Museo de la Marina, el de Artes Decorativas, el del Ejército, el del Botánico, el Prado, y el Etnográfico. A estos seis Museos en activo radicados en el Barrio de Alfonso XII aún hay que añadir el llamado "Casón", en el que antes estuvo instalado el Museo de Reproducciones artísticas y ahora sirve como sala de exposiciones excepcionales y como Instituto Nacional de Restauraciones en otras de sus dependencias.

Todos ellos museos interesantes y en el caso del Prado museo único en el mundo,

Proyecto primitivo para el Museo de Ciencias Naturales.
Juan de Villanueva.



El Observatorio Astronómico.
Arquitecto: Juan de Villanueva.



pero que no podrían ponerse como modelos de instalación la mayoría, ya que el exceso de fondos museísticos, las deficiencias de los locales y las anticuadas técnicas de exposición hacen de su visita una tarea poco atractiva. En especial dos de ellos, el de Marina y el del Ejército, son clarísimos ejemplos de lo que no debe nunca ser un museo: por su amontonamiento de objetos, por su poca o nula valoración, por la monotonía de las instalaciones, por la ausencia de sorpresa en la presentación, etc.

El de Artes Decorativas, aunque ocupa un edificio poco apto para el fin destinado, en su instalación se ha aprovechado al máximo su carácter de casa palaciega, ordenando en distintas salas las piezas como si se tratase de una casa particular. La riqueza de sus colecciones de muebles, ce-

rámicas, tapices, arte popular, orfebrería, merecerían un local de mayores proporciones y una instalación menos ñoña, más actual, de sus piezas únicas.

Aún hay, en el extremo oriental de esta acrópolis, un museo poco visitado y de carácter muy singular: el museo creado por el novelesco doctor Velasco, que con su vida realizó una verdadera leyenda "suspense". El museo de Etnografía, creación privada de dicho doctor, que no sólo reunió las insólitas colecciones, sino que además construyó a sus expensas el edificio que las alberga, muy cerca de donde años después viviría el pintor más afín con el ambiente de puro disparate del museo Velasco: el pintor José Gutiérrez Solana, uno de los pintores más personales que haya tenido nunca España.

LOS RESTOS DEL PALACIO DEL BUEN RETIRO

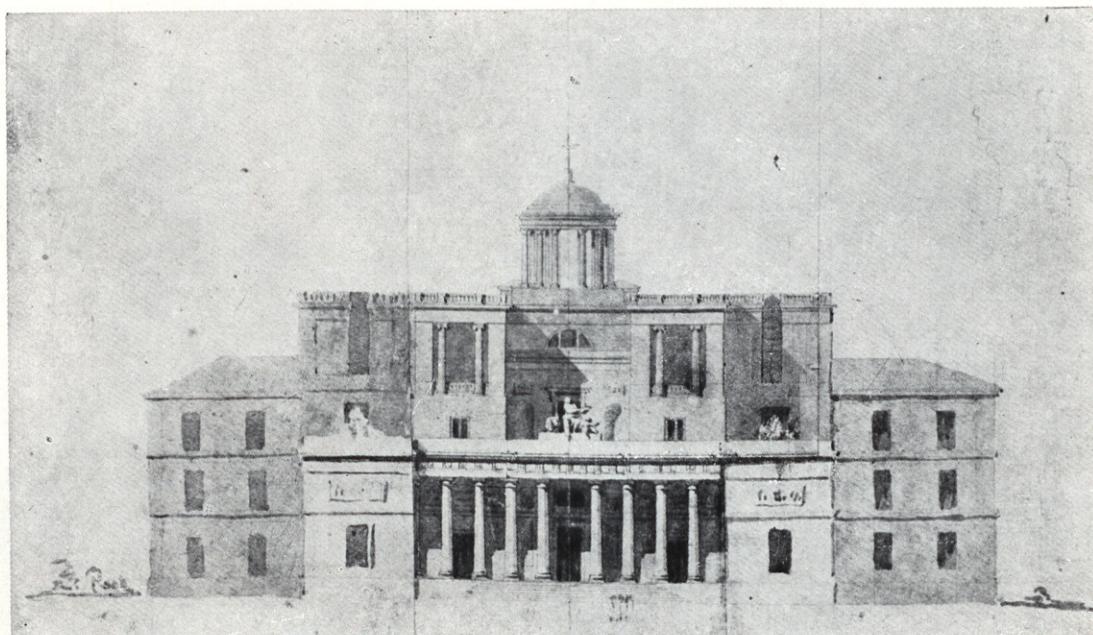
Para el observador de la "acrópolis" madrileña no le pesará inadvertido la diversidad de estilos arquitectónicos que se aprecia como primera impresión. Por un lado, está el neoclasicismo del Museo del Prado, de la Academia de la Lengua, del "Casón", y junto a él los chapiteles de aguda pizarra del Museo del Ejército y del monasterio de los Jerónimos.

La explicación hay que buscarla en que aunque el barrio nació con bastante unidad arquitectónica, dentro de su perímetro existían ya determinados edificios de otras épocas que había que respetar y ensamblar. Estos edificios eran la iglesia de los Jerónimos y lo poco que se había salvado del

palacio real del Buen Retiro, residencia veraniega y festiva de los Austrias, que, al igual que el antiguo Alcázar, fue destruido por el fuego.

"El Conde-duque de Olivares, en su afán de conservar el favor real, ideó un proyecto de extravagante esplendor que mal se avenía con sus antiguas aspiraciones al ahorro nacional. Nos referimos al Buen Retiro, que pronto hubo de desempeñar un papel preponderante en la vida teatral y artística de la Corte de Felipe IV. El más popular paseo de Madrid era el Prado. Aquel soberbio paseo estaba dominado por el convento de San Jerónimo, con su iglesia gótica, su espacioso huerto y un olivar que coronaba la colina frente a la ciudad. Cerca de la iglesia se alzaba una residencia real, el Retiro de San Jerónimo, donde reyes y reinas, con sus huéspedes principescos y sus embajadores, se detenían antes de hacer su entrada oficial en la ciudad, y adonde se retiraba la familia real durante la Semana Santa o en breves períodos de luto. Olivares pensó que allí había terreno a propósito para convertirlo en una especie de rústico retiro para los reyes, junto a los muros mismos de la capital, y, en consecuencia, compró a distintos propietarios todo el terreno en pendiente que bordeaba el Prado en su entera longitud, desde la carretera de Alcalá hasta la iglesia de Atocha. Los planes de Olivares se mantuvieron rigurosamente secretos. Lo único que pudo descubrirse fue que no sólo se construía un parque, sino también un palacio y un teatro" (1).

Aquel teatro habría de ser el escenario más glorioso de las letras españolas, con los genios de Calderón y de Lope de Vega como estrellas máximas. El palacio, extenso y un tanto anárquico, llegaba desde donde hoy está situado el edificio de Correos hasta enlazar con la iglesia de los Jerónimos. Ambos ardieron, perdiéndose en la quema cuadros de Velázquez y del Ticiano. Fernando VI lo reedificó de nuevo y de nuevo la ruina vino a sus muros, esta vez por manos de las tropas napoleónicas. En 1868 se demolió lo que restaba, respetándose sólo algunos cuerpos de edificios: "El Casón", y donde hoy está instalado el Museo del Ejército. El segundo de los edificios conservó sus torres con chapiteles característicos de



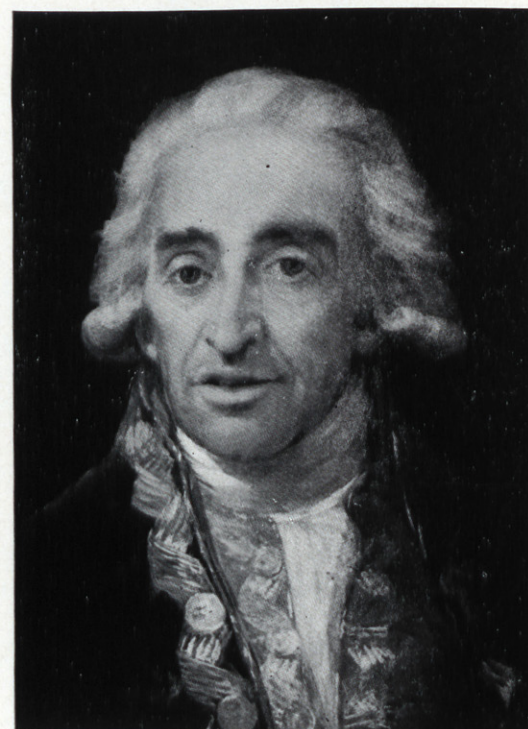
Estudio para el Observatorio. Juan de Villanueva (Biblioteca Nacional).

los Austrias; el Casón fue convertido al neoclasicismo.

EL BARRIO DEL ARQUITECTO JUAN DE VILLANUEVA

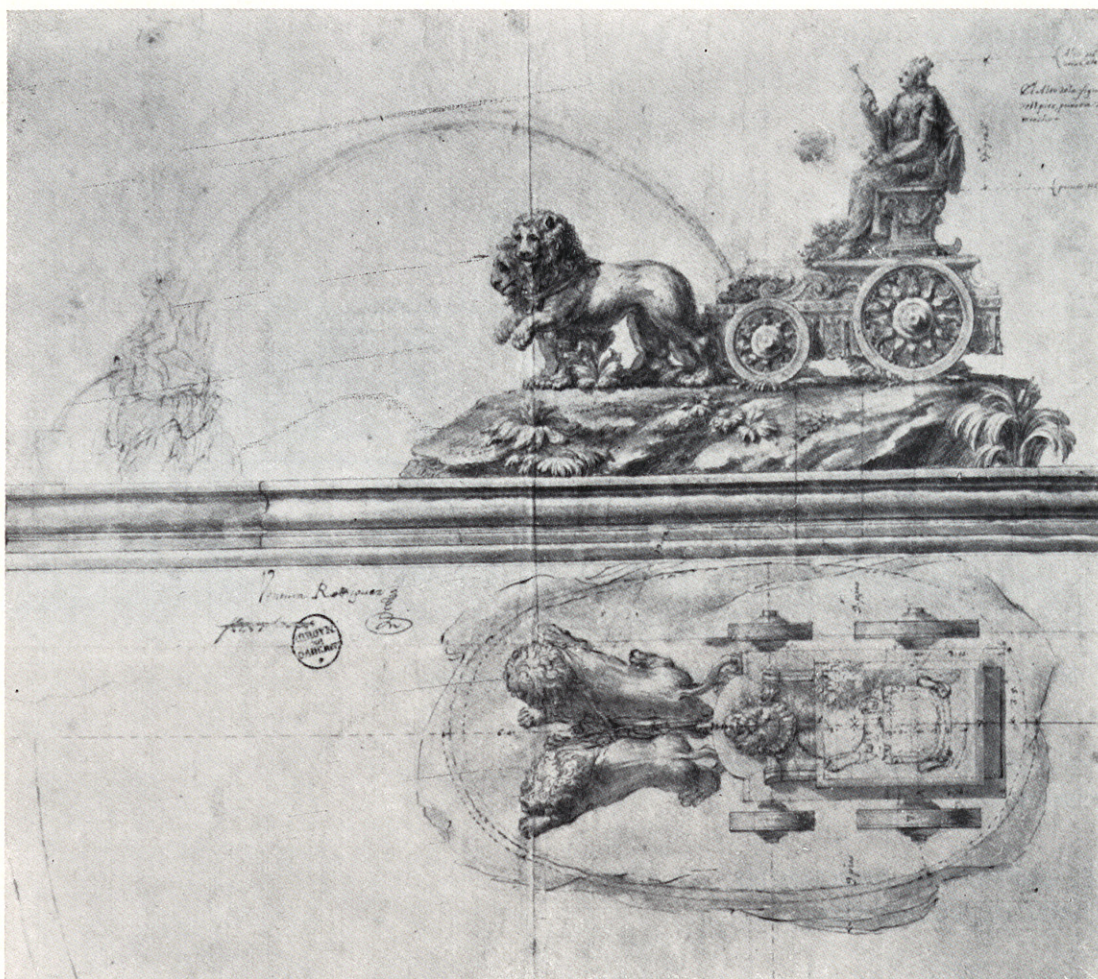
Seguramente que habrá pocos arquitectos que gocen de tan gran estima como Juan de Villanueva, habiendo construido tan poco. Una docena escasa de obras, algunas de las cuales son pórticos o detalles ornamentales, repartidas entre El Escorial y Madrid, bastaron para cimentar una sólida fama que aún no ha conocido el eclipse. La iglesia del Caballero de Gracia, el balcón del Ayuntamiento, los pórticos de entrada al Jardín Botánico, el Observatorio astronómico, el Nuevo Rezado, y el edificio que ocupa el Museo del Prado son algunas de las obras que de Villanueva se conservan en Madrid. De la reconstrucción que efectuó del Teatro del Príncipe (hoy teatro Español) y del cementerio de la antigua puerta de Fuencarral, no se conserva nada. Pocas obras si se comparan con las que edificó su antecesor en la dirección de la Real Academia de San Fernando, Ventura Rodríguez, al cual se le atribuyen cerca de ciento cincuenta edificios.

Pero en arte lo que cuenta es la calidad, no la cantidad. Y hoy Juan de Villanueva está considerado como uno de los arquitectos más importantes que haya tenido España. De sus escasas obras las más importantes están concentradas en el barrio de la "Acrópolis", por lo que también podría llamarse a éste barrío Villanueva. Su

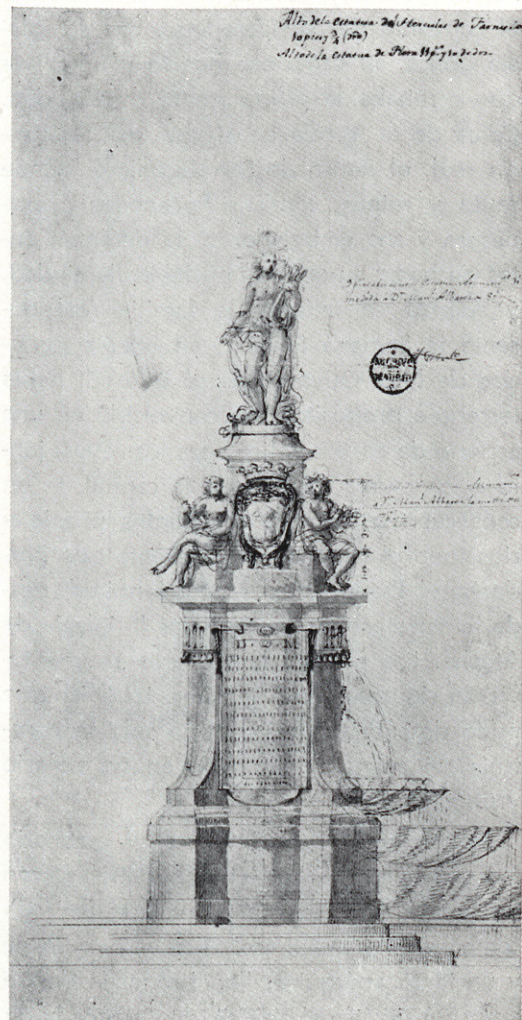
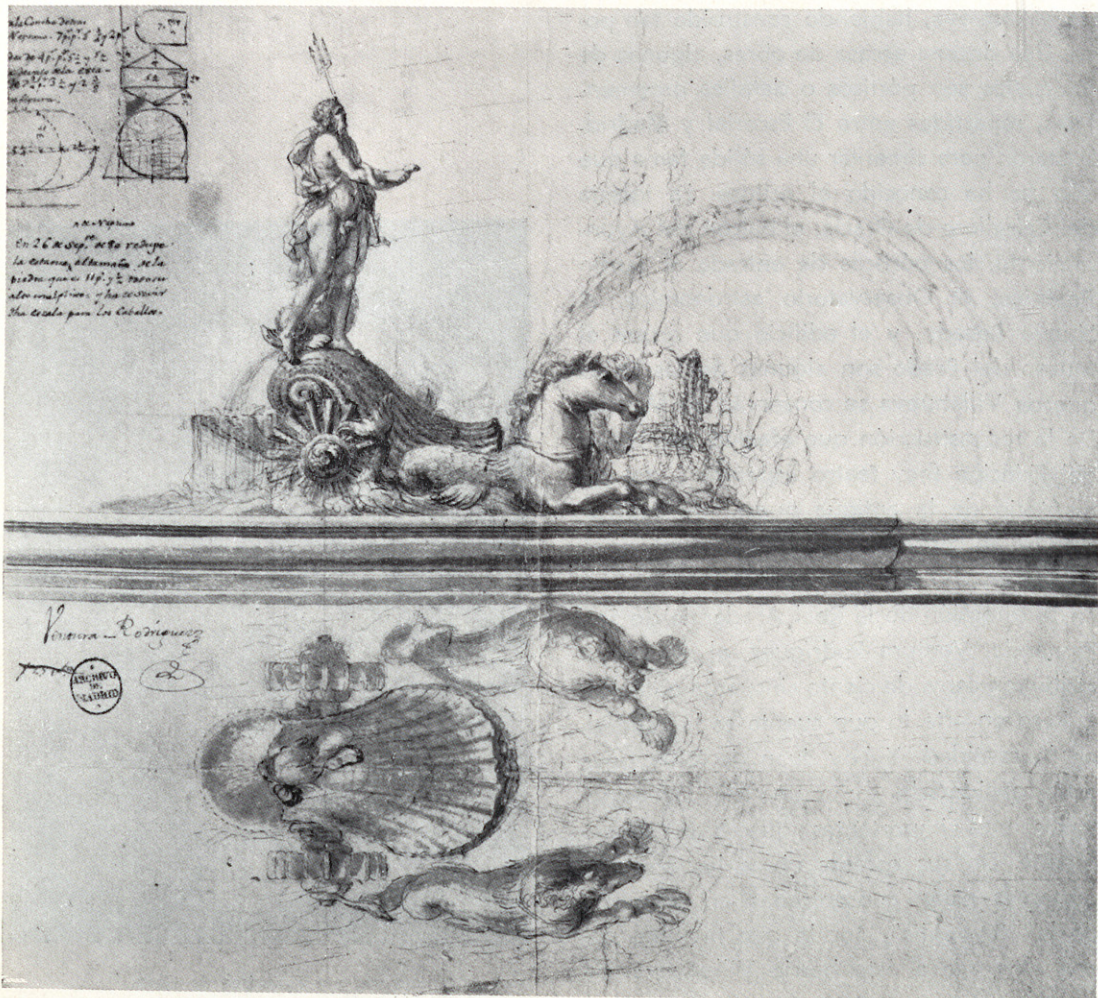


Juan de Villanueva, por Francisco de Goya.

(1) R. Trevor Davis: *Madrid bajo la Casa de Austria, Ciudades de Occidente*. "Seix Barral, S. A.". Barcelona, 1956.



Proyecto de las fuentes de Cibeles y Neptuno. Ventura Rodríguez.



Dibujo para la Fuente de Apolo. Ventura Rodríguez.

obra magna: el Museo del Prado; con el Observatorio, y los pórticos de entrada al Botánico, a poca distancia uno del otro. Y eso que ninguna de estas obras llegó a ser concluida tal como el arquitecto las había proyectado. Al actual Museo del Prado se le amputaron los pórticos "cubiertos para el paseo público", que formaban un todo armónico con el "Gabinete o Galería de Historia Natural y Academia de Ciencia", que era el destino originario de lo que después habría de ser una de las más importantes pinacotecas del mundo.

Igual pasó con el Observatorio, proyectado para ser construido en lo alto del cerro de San Blas y con un primer cuerpo de edificios al nivel del paseo de Atocha, donde debería estar las habitaciones de los astrónomos. El edificio alto y el bajo se unían por unas escalinatas monumentales y un pórtico dórico, que tampoco llegaron a construirse. El bellísimo templete del Observatorio quedó aislado y perdido, sin que después se haya hecho nada para acercarlo a la ciudad, cosa que aún podría hacerse aprovechando unos desmontes que existen sin edificar al final de la avenida de Alfonso XII, en los cuales se debería construir la escalinata que el arquitecto Villanueva pensó.

BARRIO DE MONUMENTOS Y BELLAS FUENTES

Nuestra "Acrópolis" no sólo es pródiga en Museos y jardines, también lo es en esculturas monumentales, casi todas ellas de-

dicadas a pintores o en relación con las bellas artes. Al Museo del Prado le dan guardia de honor tres de los más conocidos: Murillo, Velázquez y Goya en sendos monumentos, el primero de ellos debido al arquitecto Torriente y al escultor Medina, realizado en 1871, siendo la escultura igual que la que el mismo pintor tiene en Sevilla. Velázquez es el único pintor que está sentado, ante la puerta principal del Museo, en el bronce en que lo labró Aniceto Marinas para conmemorar el tercer centenario del nacimiento del pintor sevillano.

La estatua de Goya la hizo Mariano Benlliuri en 1902 y estuvo instalada, primero, en el Retiro; de allí pasó a ocupar el cruce de la calle de Goya con la de Velázquez, para ser trasladada después a su actual emplazamiento. Como puede verse esto del traslado de las estatuas madrileñas no es cosa nueva y menos que para nadie para Goya, el cual tuvo otra escultura monumental en la escalinata que el arquitecto Jareño construyó para la fachada lateral izquierda del Museo del Prado y que desapareció de allí al construir Pedro Muguruza la escalinata actual.

Aún hay más monumentos en el barrio. El de las Víctimas del 2 de Mayo de 1808, terminado en 1839 según los planos del arquitecto Isidro Velázquez y con grupos escultóricos de Elías, Medina, Agreda, Pérez, Hermoso, y Pérez. Romántico monumento con su obelisco rodeado de estatuas neoclásicas, y rodeado todo él y los jardines que lo circundan de espesa verja de hierro, pri-

vando al viandante de la posibilidad de contemplar de cerca el mausoleo conmemorativo y de gozar de una de las pocas plazas ajardinadas que van quedando en este Madrid, talado por el tráfico.

Otro grupo escultórico está emplazado encima de la puerta de la escalinata del Museo del Prado. Es un grupo que simboliza las Bellas Artes debido al escultor J. Suñol y que por la altura en que está situado, de difícil contemplación.

La reina Gobernadora, doña María Cristina, también tiene su estatua frente al Casón. Monumento erigido en 1893 y debido al arquitecto Miguel Aguado y al escultor Benlliuri. Hace muy pocos años que se habló de cambiarla de sitio, por lo del tráfico, y no se sabe por qué los concejales desistieron a su pasatiempo favorito.

Aunque un tanto marginales y más bien situadas en el marco que en el cuadro, no dejan de formar parte de todo este barrio privilegiado las más bellas fuentes de Madrid: la Cibeles, la de Apolo o de las Cuatro Estaciones, la de Neptuno y las cuatro fuentes del Prado. La fuente de "La Alcachofa" terminaba en la glorieta de Atocha este espectacular desfile de fuentes; fue un desacierto quitarla de allí y llevarla dentro del Retiro y más desacierto todavía no haberla vuelto a su primer emplazamiento en vez de esa rueda de barquillera acuática que hace poco pusieron.

Más estatuas todavía dentro del recinto del Botánico, que de botánico sólo tiene el nombre de puro descuidado y abandonado que se encuentra. Son estatuas del Botánico de esas que nunca se recuerdan, que da igual que estén o no, lo cual es lo peor que le puede ocurrir a una obra de arte: el ser anodina.

A la "Acrópolis" madrileña los "inmortales" sólo van de paso, cuando hay sesión en la Academia de la Lengua. Más que de inmortales es barrio de burgueses, y aun teniendo tantos museos nunca ha sido habitado por muchos artistas y escritores. Entre los primeros sólo recordamos a Elena de Melgar, Luis Mosquera, Fernando de Sotomayor y Anselmo Miguel Nieto. Entre los segundos, a Concha Espina, Pérez de Ayala y José María Pemán. La gloria literaria más importante que aquí habitó fue Pío Baroja, muy cerca de la Academia, pero nada académico. Es "Acrópolis" tranquila, sosegada, también una singularidad en el trepidante Madrid de hoy.

Acuarela de Isidro González Velázquez.
El cerrillo de San Blas y el Observatorio.

